



## La raíz, la savia y el contenido

En mi casa, hay un árbol callado y resignado como toda espera; un hondo vacío de paciencia parece invadir su estructura de soledad y hastío.

En mi casa hay un árbol sumergido en la quietud del tiempo, sople silencioso, parece estar dormido.

Cuando entré en la casa, él ya estaba resumiendo espacios para entregarme un salmo de luz y de alegría, como quien sirve en la plaza, migas de pan a las palomas o alquila su patio a la esperanza.

Sería en otoño, cuando aún no había comprendido lo que significaba un árbol que comencé a descubrirlo en su afán de tender alfombras a mi paso, alfombras que son hojas de su propia carne, hojas color de otoño como el sol, como la espiga.

Alfombras sobre la tierra donde están los caminos para el hombre y el arraigo profundo para el árbol.

Por las risueñas ventanas del alba, el árbol era ya mi alegría y de pronto lo vi desvestirse; altos y desnudos los brazos en actitud de protesta contra el frío y conmovido me acerqué a él para templar mi pecho en su madera.

Lo vi más tarde amasar ternura vistiendo de verde sus tiernas ramas, iluminar el día de flores blancas para alumbrar esta vez mi primavera y, comprendí todo cuando el árbol prodigado ya en el dulce fruto, me señaló el verano de la dicha y el consuelo.

En mi casa hay un árbol sensitivo, al verlo, lo sentí mi hermano, cuando me acerqué a su savia en un viaje desde su raíz hasta despertar en canto, no sabía que se trataba de un árbol y sin embargo, poblé de trinos su ramaje y lo sentí mi amigo mientras convertía su savia en fruto y en agua la esperanza.

El árbol cuando es amigo, ilumina los caminos con sus líquidas lámparas de rocío, inunda el alma de claros manantiales, convierte la lluvia en pequeñas gotas de luz ambulante resumida en raudo vuelo de luciérnagas, da sombra al caminante y se hace compañero.

Ni hermano, ni amigo, ni compañero; hay en la vida una raíz de algo que nos sostiene, un algo que colma de amor nuestros cántaros felices. Este es el árbol que como una estrella, alumbra la noche de mi destino.

Yo estoy parado frente a él como detenido por el divino sople que despierta el corazón a la caricia.

No sabe de urgencias y bloquea todos mis caminos con su ternura.

No sabe de odio e inunda mi pecho de bondad en claras gotas de rocío.

Quema mis latidos de felicidad con el fuego ardiente del amor en la dulce madera de su pecho.

¡Mi madre es este árbol.

Mi madre es esta savia de amor, de luz y de ternura!

Mi madre es este árbol y está en el centro de mi casa.

Alberto Guerra Gutiérrez, escritor. Presidente de la Unión Nacional de Poetas y Escritores-Oruro (UNPEO).